

FERIAS DE LA SEXTA SEMANA DE PASCUA.

Ildefonso Fernández Caballero

En los días de esta sexta semana del tiempo pascual continúa la lectura de libro de los Hechos, desde el capítulo 16,11 al 18, 28, y del evangelio según san Juan, desde el capítulo 15, 26 al 16,28.

En esta semana y en la siguiente, la atención de los textos evangélicos se centra en la partida de Jesús y en el envío del Espíritu. Para que venga el Espíritu, y acompañe con su luz, su fuerza y su alegría a los discípulos, es necesario que Jesús vuelva al Padre. El Espíritu dará testimonio de Jesús y guiará a los discípulos a la verdad plena. La comunidad cristiana, siguiendo a Jesús y sostenida por el Espíritu tiene abierto el acceso al Padre, que la ama porque ha acogido y amado a Jesús.

En la continuación de los Hechos, el Espíritu de Jesús da testimonio de éste mediante la comunidad que le anuncia, predica su resurrección y su mensaje, sufre persecución y crece y se extiende por toda la tierra.

La Iglesia se dispone ya, con las dos series de lecturas, para la celebración de Pentecostés.

LUNES DE LA SEXTA SEMANA.

Primera lectura: Hch 16, 11-15.

El día y la hora en que San Pablo, acompañado por Silas, Timoteo y Lucas, puso pie en Macedonia, territorio europeo del inmenso imperio romano, fueron históricos para el viejo continente y para la nueva Iglesia. Aunque muy probablemente el evangelio ya había llegado a Europa por otros caminos, ahora entra con Pablo y se asienta en Filipos, colonia romana en la región del norte de Grecia. Es de destacar en este relato de los Hechos que las primeras personas oyentes de la predicación de Pablo son mujeres.

Juan Pablo II, en la Carta apostólica “Mulieris dignitatem” recuerda que “desde el principio de la misión de Cristo, la mujer demuestra hacia él y hacia su misterio una sensibilidad especial que corresponde a una característica de su femineidad” particularmente “en relación con el misterio pascual, no sólo en el momento de la crucifixión sino también el día de la resurrección” (nº 16).

En Filipos, el Señor abrió el corazón de Lidia para que aceptara la palabra de Pablo, y se bautizó con toda su familia. Se la conocía por el nombre de su origen, la región de Lidia en el Asia Menor, donde se asentaba Tiatira, ciudad de su nacimiento. Era mujer empresaria, comerciante en telas de púrpura, con un próspero negocio. Insistió hasta lograr que los misioneros se albergaran en su casa, y allí mismo acogió a la primera Iglesia cristiana filipense, tan querida del Apóstol.

Lidia primero, y luego Evodia y Síntique fueron pioneras en Filipos de tantas mujeres cristianas que han asumido en Europa el papel que les corresponde en la Iglesia y en el mundo.

“Las vicisitudes de la comunidad cristiana muestran que las mujeres han tenido siempre un lugar relevante en el testimonio del Evangelio. Se debe recordar todo lo que han hecho, a menudo en silencio y con discreción, acogiendo el don de Dios, bien mediante la maternidad física y espiritual, la actividad educativa, la catequesis, y la realización de grandes obras de caridad, bien por la vida de oración y contemplación, las experiencias místicas y por escritos ricos de sabiduría evangélica...hay aspectos de la sociedad europea contemporánea que son un reto a la capacidad que tienen las mujeres” (Juan Pablo II, La Iglesia en Europa nº 42).

Antes, el Vaticano II, en el mensaje dirigido a las mujeres el 8-12- 1965, había dicho: “Llega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzados hasta ahora. Por

eso en este momento en que la humanidad conoce una mutación profunda, las mujeres llenas de espíritu del evangelio pueden ayudar mucho a que la humanidad no decaiga”.

Respuesta al salmo: *El Señor ama a su pueblo.*

Evangelio: Jn 15, 26-16,4a.

A medida que avanza el tiempo pascual hacia Pentecostés, se acrecienta la presencia del Espíritu Santo en las lecturas de la misa. En el evangelio según san Juan, Jesús había prometido anteriormente dos veces el envío del Espíritu (14, 16.26).

En la lectura del evangelio de hoy se contiene un tercer anuncio: Jesús envía el Paráclito, procedente del Padre. Este tercer anuncio pone de relieve la relación que existe entre el Espíritu de la verdad y un triple testimonio en favor de Jesús: el testimonio del Padre que envía el Espíritu, el testimonio que da el mismo Espíritu, y el testimonio que, sostenidos por él, dan también los discípulos, sobre todo en medio de la persecución.

Cuando se afirma que el Paráclito procede del Padre quiere decirse que viene enviado por él. Que “procede del Padre” y “que es enviado por el Padre” son dos formas de expresar el mismo significado. Con ello se subraya, en primer lugar, que el Espíritu procede de la esfera de lo divino; su origen está en el cielo, de ahí su poder y su energía que superan todas las capacidades y expectativas humanas; pero también, en segundo lugar, que, de acuerdo con el plan de Dios, el Espíritu se hace presente en la Historia en el acontecer de nuestra vida y nuestra sociedad, en el desenvolvimiento de los pueblos y de las culturas, nunca lejos de los gozos y las esperanzas, las alegrías y las tristezas de las personas.

El Espíritu es enviado, sobre todo, para dar testimonio en favor de Jesús; lo ungió para “dar la buena noticia a los pobres”, para “anunciar la liberación y poner en libertad a los oprimidos”, “dar vista a los ciegos” y “proclamar el año de gracia del Señor”. El Espíritu se hace presente en vistas a aliviar el sufrimiento de los más débiles de este mundo.

El Espíritu, que procede del Padre y del Hijo, alienta y sostiene a la Iglesia -como venimos viendo en las lecturas de los Hechos- en el testimonio que ésta da también a favor de Jesús. Aliviar el sufrimiento de los débiles, frecuentemente causado por otros hombres más fuertes y poderosos, suele acarrear problemas; por eso es necesaria a la Iglesia la presencia y la acción del Espíritu como fuente de valentía y fortaleza en la persecución. La historia llena de persecuciones y de violencia contra los testigos de Jesús, en esta última etapa sin ir más lejos, está llena de hechos y nombres que manifiestan la asistencia del Espíritu.

“Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo” que “infunde la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia (*parresía*), en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente” (EG 259).

MARTES DE LA SEXTA SEMANA.

Primera lectura: Hch 16, 22-34.

En Filipos, San Pablo tuvo que enfrentarse con dos fuerzas poderosas: la fuerza oscura del culto idolátrico y la fuerza del dinero que, en este caso, aparecen unidas. El Apóstol curó a una muchacha que en aquella época era considerada como víctima de posesión diabólica, y que, además, ejercía como adivina procurando a sus amos saneados ingresos. “Sus amos, al ver que habían desaparecido sus expectativas de lucro, echaron mano a Pablo y a Silas y los llevaron a la plaza pública ante las autoridades” (16, 16-21). Después de ser vejados y afrentados fueron a parar a la cárcel. Pablo y Silas contentos, como los apóstoles en Jerusalén, de haber podido padecer por causa del nombre de Jesús (Hch 5, 40-41), oraban cantando himnos a Dios. Fueron liberados

milagrosamente de la cárcel de modo semejante semejante a la liberación de los apóstoles en la cárcel de Jerusalén (5, 23). El centro del relato es la conversión del carcelero, donde se describe el proceso de incorporación de un pagano a la comunidad cristiana. El carcelero y los suyos han vivido una honda conmoción religiosa: vieron llegar a unos prisioneros abatidos y destrozados, pero serenos, entonando himnos religiosos; sufrieron luego el pánico que siempre produce un terremoto; se asustaron pensando en las consecuencias de una fuga de los presos y fueron tranquilizados por éstos con palabras llenas de afecto. En otros casos el proceso de acercamiento a Dios tiene diferentes características pero, al final, coinciden en la pública profesión de la fe en Jesús. Sin fe cristiana no hay verdadera incorporación a la Iglesia: “La evangelización debe contener siempre -como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo- una clara proclamación de que en Jesucristo, hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres como don de la gracia y de la misericordia de Dios” (Pablo VI, EN 27).. Pablo y Silas no bautizaban sin preparación y catequesis, pero tampoco se ataban a un esquema rígido de instrucción doctrinal; sabían calibrar las disposiciones de quienes pedían el bautismo. En este caso concreto, a la salida del sol se celebró el bautismo del carcelero y de toda su familia. Aún teniendo en cuenta la diversidad de época y de mentalidad, sigue siendo verdad que “la familia, al igual que la Iglesia, debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia” (EN 71).

Después de la conversión y el bautismo, la familia del carcelero ejerce la caridad fraterna, expresión ineludible de la fe cristiana, ofreciendo a los heridos hospitalidad y cuidados. Y, aunque no se diga explícitamente, se deja entender que hubo una celebración eucarística, porque el banquete que se celebró fue de acción de gracias de la familia por haber creído en Dios. “En el dinamismo de la evangelización, aquel que acoge el evangelio como Palabra que lo salva lo traduce normalmente en estos gestos sacramentales: adhesión a la Iglesia y acogida de los sacramentos que manifiestan y sostienen esta adhesión, por la gracia que confieren” (EN 23).

Respuesta al salmo: *Señor, tu derecha me salva.*

Evangelio: Jn 16, 5b-11.

Este cuarto anuncio del Paráclito es el más extenso de todos los que le preceden.

Los discípulos durante la cena se muestran doblemente tristes: por la partida de Jesús y por el odio que les tiene el mundo.

“Por haberos dicho esto” (me voy) “la tristeza os ha llenado el corazón”. Jesús anima a los suyos a superar la tristeza por su partida descubriendoles los aspectos positivos que ésta tiene. En primer término en relación con él mismo: que Jesús vuelva “al que me envió” significa que la misión que recibió del Padre está cumplida; que se va porque vuelve a su morada permanente. En segundo lugar, en relación con los discípulos: Jesús va al Padre con el fin de prepararles una morada definitiva y, además, porque su partida es condición indispensable para que venga a ellos el Espíritu Paráclito: “lo que os digo es la verdad, os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito”. No hay, pues, lugar para la tristeza por razón de la partida de Jesús.

También debe ser superada la tristeza que el odio del mundo produce en los discípulos. El envío del Espíritu es victoria sobre el odio del mundo. El Espíritu viene como Paráclito o abogado: “dejará convicto al mundo”, es decir demostrará que el mundo se equivocó rechazando a Jesús; si también continuara rechazando al Espíritu, el mundo perdería su última oportunidad de salvación. Cuando venga el Espíritu, pondrá en evidencia la culpabilidad del mundo, su pecado de incredulidad, y su cerrada oposición a la revelación de Dios en Jesús. La presencia del Espíritu cambia el curso del proceso que el mundo tiene entablado contra Cristo y los cristianos: los acusados se convierten en acusadores, restableciéndose la justicia.

Cristo, crucificado por el mundo, asciende victorioso del sepulcro y regresa al Padre; aunque invisible a los ojos del mundo, los discípulos saben, ya desde la noche de la cena, que comparte la gloria de Dios. En cambio, quienes lo condenan y se cierran a él se condenan a sí mismos; el

Espíritu certifica que las pretensiones, los proyectos, las actitudes y la persona de Jesús estaban, y siguen estando, justificados.

MIÉRCOLES DE LA SEXTA SEMANA.

Primera lectura: Hch 17, 15. 22-18,1.

La estancia de Pablo y sus compañeros en Filipos tuvo un final feliz, aunque no faltaron persecuciones y dificultades, como siempre que se proclama el evangelio con autenticidad. Después de salir de Filipos, los misioneros pasaron a Tesalónica y Berea (17, 1-15). En Berea permanecieron Silas y Timoteo, mientras algunos otros hermanos acompañaron a Pablo, por razones de seguridad, en su viaje marítimo hasta Atenas. Los acompañantes regresaron al lugar de partida con una vehemente recomendación de Pablo: “Decid a Timoteo y a Silas que vengan lo más pronto posible”.

San Pablo se quedó solo en la ciudad de Atenas, que se consideraba capital religiosa del mundo pagano, así como su centro intelectual y artístico. Los primeros sábados acudió a la sinagoga obteniendo escasos resultados en su predicación.

Un día se presentó en el Areópago y pronunció un discurso confrontando el cristianismo con la cultura y la vida pagana griegas. Reconoce los valores que puede poseer la religiosidad natural, en la que se encuentran semillas del evangelio. Proclama a Dios como creador y Señor de la historia, que trasciende y desborda templos y ritos y que, al mismo tiempo, está próximo e íntimo a la realidad humana, pues “en él vivimos, nos movemos y existimos”. Sin embargo, el nivel de la religiosidad natural debe ser superado como perteneciente “a los tiempos de la ignorancia”.

Esto mismo es lo que afirma Pablo VI cuando dice que las culturas “deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena nueva no es proclamada” (EN 20).

Así lo hizo Pablo en el Areópago: anunció la salvación definitiva ofrecida por Dios, cuyo núcleo es Cristo resucitado. Dios, juez universal, ha otorgado a un hombre designado por él, Jesús, la potestad de juzgar. Prueba de esa designación es que lo ha resucitado de entre los muertos. Llegados a este punto cada hombre ha de decidirse y comprometerse en relación con Jesús, el Cristo, crucificado y resucitado de entre los muertos.

Del Areópago salió Pablo decepcionado, con la sensación de fracaso que tantas veces experimentan los evangelizadores. Sin embargo, pronto advirtió que le seguían Dionisio, venerable areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más. Con ellos se inició la comunidad cristiana de Atenas, no numerosa pero escogida. Aquella culta ciudad afianzó la experiencia que Pablo expresa en la segunda carta a los tesalonicenses: “la fe no es de todos”.

“Una cultura inédita late y se elabora en la ciudad...hoy las transformaciones de esas grandes áreas y la cultura que expresan son un lugar privilegiado para la nueva evangelización” (EG 73)

Respuesta al salmo: *Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria.*

Evangelio: Jn 16, 12-15.

La lectura de hoy contiene el quinto y último anuncio del Paráclito.

La llegada del Espíritu no es el final, sino una nueva etapa de la historia de la salvación, que comprende desde la desaparición física de Jesús hasta su segunda venida. Jesús, después de haber expuesto anteriormente la actividad del Espíritu en relación con el mundo, describe la acción del mismo Espíritu en relación con la comunidad de sus discípulos, con la Iglesia. Ambos aspectos están estrechamente relacionados, porque el Paráclito acusa, convence y juzga al mundo mediante la comunidad de los discípulos de Jesús, y ésta, para cumplir la misión que le compete en el mundo, necesita tener fe en el Paráclito y contar con su apoyo.

La marcha de Jesús y la venida del Paráclito se presentan metafóricamente como si se tratara de la sustitución de dos personas, tanto en relación con el mundo como en relación con la comunidad de discípulos. Jesús se va y el Paráclito viene. Viene para dejar convicto al mundo; viene como el maestro espiritual que recordará a los discípulos todo cuanto Jesús les ha dicho. El Paráclito no oscurece ni modifica la posición reveladora de Jesús; sólo toma y transmite lo que le escucha a él. Pero no es mero intérprete sino también continuador y prolongador de la revelación cristiana, a tenor de las mismas palabras de Jesús cuando afirma que tiene todavía muchas cosas que decir a los discípulos, pero no se las dice de momento porque no las podrían sobrellevar.

En la larga marcha de la Iglesia por la historia se presentarán situaciones nuevas que requieren nuevas aplicaciones de las palabras de Jesús; los discípulos de la primera hora o de una época determinada no tienen capacidad para comprender las palabras del Maestro en todas las posibles situaciones existenciales. En un futuro siempre abierto, en que la revelación alcanza sentidos actuales y nuevos, el Paráclito, a la luz de la enseñanza de Jesús, abrirá a la comunidad de los discípulos el sentido de su existencia en el mundo, según la época en que le toque vivir.

Jesús denomina al Paráclito explícitamente “Espíritu de la verdad”, porque guiará a los discípulos a la verdad completa. Expresa así su actividad sobre cada discípulo y sobre toda la comunidad. La “verdad” a la que el Espíritu guía es, a la luz del cuarto evangelio, la revelación que promete la vida traída por Jesucristo. Se trata de una comprensión en profundidad del contenido de la revelación, juntamente con el acierto en su aplicación concreta a la vida del discípulo y de la comunidad en medio del mundo y de la historia: “lo que está por venir”. Mediante la asistencia del Espíritu, se abre a la Iglesia en cada momento la verdad del evangelio, y recibe nueva fuerza para vivirlo y para proclamarlo.

JUEVES DE LA SEXTA SEMANA.

Primera Lectura: Hch 18, 1-8

San Pablo proyectaba como un buen estratega cada una de las operaciones de su empresa evangelizadora. Atenas era en su época lo que sería una ciudad universitaria de la época medieval. Corinto, en cambio, era un puerto abierto a dos mares, comunicado con Oriente y Occidente, con una población numerosa y cosmopolita, capital de la provincia romana de Acaya. Todas las corrientes de opinión se cruzaban allí. Si el Evangelio prendía en Corinto, su difusión en toda el área estaba asegurada.

Perdido y abatido, caminaba san Pablo por las callejas del barrio judío de Corinto cuando vino a dar con el matrimonio de Aquila y Priscila. Aquila, nacido en el Ponto se había establecido en Roma con su industria de fabricación de tiendas de campaña. Allí conoció a Priscila (también llamada Prisca), y se casó con ella. Los dos tuvieron que salir de Roma cuando Claudio decretó la expulsión de los judíos en el año 49, y se establecieron en Corinto. En su casa y taller dieron a Pablo hospedaje y trabajo, puesto que eran expertos en el mismo oficio. Lo más sorprendente para Pablo fue descubrir que Aquila y Priscila eran ya cristianos. Su alegría y acción de gracias a Dios por este encuentro y descubrimiento aparece en las cartas de Pablo cada vez que menciona a este matrimonio. Priscila fue una de las mujeres más influyentes en el cristianismo primitivo. A ambos se les encuentra apoyando la evangelización en Roma, Corinto, Éfeso, y nuevamente en Roma.

Pablo comenzó la evangelización en Corinto simultaneando el trabajo manual con la predicación a judíos y griegos. Pero cuando Silas y Timoteo llegaron de Macedonia, San Pablo se dedicó exclusivamente a la predicación y vio crecer la comunidad cristiana formada por judíos prosélitos y gentiles. Entre ellos, Estéfanos, rico prosélito, y toda su familia, Fortunato y Acacio, bautizados personalmente por San Pablo, cosa que no era habitual, y Ticio Justo, miembro eminente de la colonia romana. Éste, cuando san Pablo se vio obligado a abandonar la casa de Aquila y Priscila por la animosidad de los judíos del barrio, lo acogió en su casa, donde se fundó la primera comunidad de cristianos procedentes del paganismo.

La actividad evangelizadora en Corinto, que hoy recordamos, pone de relieve la importancia de los seglares, juntamente con Pablo, en la vida y la misión de la Iglesia. En efecto, “los seglares, cuya tarea específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales, deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización. La tarea primera e inmediata...es poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas, en las cosas del mundo...Cuantos más seglares haya impregnados del evangelio, responsables de estas realidades y claramente comprometidos con ellas...tanto más estas realidades...estarán al servicio de la edificación del Reino de Dios y, por consiguiente, de la salvación en Cristo Jesús” (*EN* 70).

“En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. *Mt* 28, 19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de la ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones” (*EG* 120)

Respuesta al salmo: *El Señor revela a a las naciones su victoria.*

Evangelio: Jn 16, 16-20.

Al quinto anuncio del Paraclito que Jesús hace en el evangelio proclamado hoy, va unida una invitación a la alegría permanente, aún en medio de las dificultades, luchas y angustias de este mundo, porque su victoria sobre el mal, que surge de la cruz, es ya definitiva.

En la cena, los discípulos están alegres “un poco” de tiempo, es decir el que les queda de estar con Jesús antes de su muerte; la brutalidad de la crucifixión hará que los discípulos pierdan la alegría, estén tristes y lloren y giman. Esta hora de tristeza para los discípulos coincide con la de la alegría del mundo, que piensa haber conseguido sus fines eliminando a Jesús; pero “otro poco” más -el tiempo que falta hasta el encuentro con Jesús resucitado- y los discípulos volverán a recuperar la alegría plena y permanente, que nadie les podrá arrebatar.

En el cuarto evangelio, la definitiva venida de Jesús comienza ya en la cruz, continúa en su resurrección y manifestación gloriosa, y culmina en el envío o donación del Espíritu Santo. La alegría, como fruto de la nueva presencia de Jesús y de su Espíritu, es inherente a la existencia cristiana, es decir al encuentro con Cristo en su palabra y en los sacramentos, a la práctica personal y comunitaria del mandamiento del amor, y a continuar unidos a él en la edificación del Reino de Dios, que “consiste en la fuerza salvadora y en la paz y la alegría procedentes del Espíritu Santo” (*Rom* 14, 17).

Cuando San Pablo enumera las obras del Espíritu Santo, cita, entre ellas, la alegría. En contraposición a las obras de la carne que, como procedentes de una raíz de egoísmo, ofenden al hermano y dañan la convivencia, los dones del espíritu proceden del amor, construyen la fraternidad y se conceden con vistas a la edificación de la comunidad. La alegría, vinculada con la escucha y con la práctica del mensaje de amor del evangelio (*Jn* 15, 10-11), se produce en el encuentro con Cristo (*Jn* 16, 22-23) y es uno de los componentes de la participación en el Reino de Dios (*Rom* 14, 17).

El tiempo pascual es el signo litúrgico de la alegría permanente de la Iglesia por la presencia indefectible del Señor y de su Espíritu.

VIERNES DE LA SEXTA SEMANA.

Primera lectura: Hch 18, 9-18.

Los acontecimientos que relata la lectura de hoy permiten determinar la fecha más segura de todo el Nuevo Testamento. Pablo se encuentra, dispuesto a tomar la palabra, ante un español de la Bética, cordobés de nacimiento, el procónsul Galión, hermano de L. A. Séneca. Consta ciertamente que Galión ejerció su mandato en Corinto en los años 51 y 52 de nuestra era.

Como fruto de la tarea evangelizadora de Pablo en Corinto, pidió el bautismo Crespo, judío presidente de la sinagoga; otro día se convirtió Erasto, tesorero de la ciudad; Sóstenes, Zenas y Cloe, todos ellos procedentes de clases acomodadas. También se hicieron cristianos Tercero y Cuarto, de origen latino como sus nombres, pertenecientes a la clase llana; la mayor parte de la comunidad estaba formada por libertos pobres, artesanos y esclavos. El Apóstol logró que gentes de tan diversa extracción social y religiosa, étnica, e incluso moral, convivieran y participaran en la mesa común de los discípulos de Jesús.

La palabras que dirige el Señor a Pablo están inscritas en el corazón de la Iglesia como programa constitucional: revelar a Jesucristo y su Evangelio a los que no lo conocen. Por complejas que puedan parecer las situaciones “hay muchos que llegarán a formar parte de mi pueblo”.

Los cristianos de Corinto, además de formar comunidad entre sí, iban experimentando su vinculación fraterna con las otras comunidades de Filipos y Tesalónica, y con todas las demás comunidades de las regiones de Macedonia y Acaya; con las de Asia Menor y Siria, con la de Jerusalén y otras palestinas. La Iglesia, mientras crecía en extensión, se iba despertando en las almas. “Los primeros cristianos manifestaban gustosamente su fe profunda en la Iglesia, entendiéndose como extendida a todo el universo. Tenían plena conciencia de pertenecer a una gran comunidad que ni el espacio ni el tiempo podía limitar” (EN 61).

“Hombres perversos y malvados” (2 Tes 3,2), iban acumulando su envidia y resentimiento por los éxitos de Pablo, y llegó un día en que lo atacaron y lo arrastraron tumultuariamente ante el tribunal de Galión. Pablo se disponía a hablar en su defensa, pero Galión apenas le prestó atención y mandó despejar la sala de acusadores vociferantes; el cordobés no quería problemas con judíos.

Respuesta al salmo: Dios es el Rey del mundo.

Evangelio: Jn 16, 20-23a.

Frente a la fe, el mundo muestra un sentimiento de superioridad que le hace mirarla despectivamente por encima del hombro, y equipararla, poco más o menos, con la ingenuidad y la escasez de luces. También con estas actitudes despectivas deben contar los creyentes. Pero - y esto es en definitiva lo determinante- la fe no está sola frente los ataques que recibe: tiene una promesa indeficiente: «Vuestra tristeza se convertirá en alegría» (20,20). Ciertamente, los ataques, la tribulación y la tristeza son circunstancias inherentes a la presencia de los creyentes en el mundo, con las que ya siempre habrán de contar. Pero en tal situación tienen la promesa de que la tristeza se trocará en alegría.

La comparación de la situación de los discípulos (v. 21) con la de una mujer en trance de dar a luz, que siente «tristeza», o mejor dolores, antes de nacer el hijo, pero que después del alumbramiento se alegra por el recién nacido, enlaza con una experiencia universal: el gozo de la nueva vida hace olvidar la tribulación que le antecede. El judaísmo usa también esta comparación en referencia a «los dolores mesiánicos» como el tiempo de tribulación inmediatamente anterior al fin. Una sentencia del rabino Yizhak (ha.300 d.C.) suena así: «El año en que el Rey, el Mesías, se manifestará, todos los reyes de los pueblos del mundo se levantarán unos contra otros (para la lucha)... Y todos los pueblos del mundo, víctimas de la ofuscación y el desvarío caerán sobre su rostro y lanzarán gritos como los gritos de una parturienta. También los israelitas caen en la confusión y la perplejidad y dicen: ¿Adónde iremos y adónde podremos llegar? Y Dios les dirá entonces: Hijos míos, no temáis, todo cuanto yo he hecho lo he hecho por vosotros. ¿Por qué teméis? No temáis; éste es el tiempo de vuestra redención». En esta sentencia rabínica se habla y consuela a los israelitas de modo similar a como Jesús habla a los discípulos.

La experiencia de los discípulos en el mundo se entiende desde la pasión de Cristo. Pero al anuncio de la pasión sigue de inmediato una promesa: «Yo volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y esa alegría nadie os la quitará.» Aquí sorprende ante todo que sea Jesús mismo el que toma la iniciativa de mostrarse a los discípulos. Entonces no tendrán ya razones para la desilusión y desesperanza; su alegría estará al abrigo de cualquier peligro de duda; recuperando al Señor y con la seguridad de vivir en su presencia - “otra vez os veré y se alegrará vuestro corazón” (16, 22)- el gozo será el estado de ánimo permanente de los discípulos.

La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar (16, 22). Los males de nuestro mundo – y los de la Iglesia – no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor” (EG 84).

SÁBADO DE LA SEXTA SEMANA.

Primera lectura: Hch 18 23-28.

El procónsul Galión, que no mostró interés en escuchar la predicación de Pablo, lo libró, sin embargo, de las manos de sus enemigos y garantizó la libertad de la Iglesia en Corinto. Antes del encuentro con Galión, Pablo llevaba dieciocho meses en la ciudad. Después prolongó su estancia unas semanas y determinó emprender un viaje de peregrinación a Jerusalén. Salió hacia Éfeso acompañado por Silas, Timoteo y el matrimonio formado por Aquilas y Priscila. Llegaron todos a esta gran ciudad del Asia Menor. Aquila y Priscila permanecieron allí, y los demás continuaron viaje a Jerusalén. Aquila y Priscila dispusieron lo necesario para que Pablo pudiera hacer de la ciudad de Éfeso su nuevo campo de operaciones, cuando regresara de Jerusalén.

La incipiente comunidad cristiana de Éfeso era variopinta: unos no tenían conocimiento del Espíritu Santo y de sus dones; otros no celebraban sacramentos; había, además, relacionados con los cristianos, un grupo de discípulos de Juan Bautista que se ocupaban en oraciones y ayuno conforme a la enseñanza de su maestro; no había vínculos con las Iglesias apostólicas o paulinas. Llegó a la ciudad Apolo, un judío de Alejandría descrito en la lectura de hoy con trazos rápidos y certeros. Con él se incorpora al pensamiento de la Iglesia naciente la cultura alejandrina, que algo más tarde ofrecerá un importante método a la interpretación de la Escritura y a la defensa de la fe cristiana. En cuanto lo escucharon en la sinagoga, Priscila y Aquila (nótese que aquí el libro de los Hechos cambia el orden de los nombres situando el de la mujer en primer término), se dieron cuenta de que Apolo estaba bien informado acerca de la historia de Jesús, y proclamaba su mesianidad y su naturaleza divina; pero tenía importantes lagunas en el conocimiento de la doctrina y la práctica de la vida cristiana. Priscila y su marido completaron la formación cristiana de Apolo, y éste decidió pasar a Grecia para conocer de cerca las Iglesias fundadas por Pablo. Llevó a estas comunidades la aportación de sus conocimientos bíblicos y recibió de ellas la riqueza del conocimiento de los discípulos de San Pablo acerca del misterio de Cristo.

Ninguna aplicación práctica de esta lectura a la situación actual es mejor que transcribir el número 13 de la Exhortación *Evangelii Nuntiandi*, de Pablo VI: “Quienes acogen con sinceridad la Buena Nueva, mediante tal acogida y la participación en la fe, se reúnen pues en el nombre de Jesús para buscar juntos el Reino, construirlo, vivirlo. Ellos constituyen una comunidad que es a la vez evangelizadora. La orden dada a los doce: ‘Id y proclamad la vida nueva’ vale también, aunque de manera diversa, para todos los cristianos. Por esto Pedro los define ‘pueblo adquirido para pregonar las excelencias del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable’ (1 Pe 2,9). Estas son las maravillas que cada uno ha podido escuchar en su propia lengua (cf. Hech 2, 11). Por lo demás la Buena Nueva del reino que llega y que ya ha comenzado es para todos los hombres de todos los tiempos. Aquellos que ya la han recibido y que están reunidos en la comunidad de salvación, pueden y deben comunicar y difundirla”.

Respuesta al salmo: Dios es el Rey del mundo

Evangelio: Jn 16, 23-28.

La alegría de los discípulos al reencontrarse con Jesús resucitado, vencedor del mundo y de la muerte, tiene dos apoyaturas: la oración - “Si pedís algo al Padre en mi nombre os lo dará”- y el conocimiento más pleno de los misterios de la fe: “os hablaré del Padre claramente”.

La oración: el tema de la oración que es atendida por el Padre ha aparecido ya dos veces anteriormente (14, 12-13; 15, 16); aparece, pues, ahora por tercera vez. El cristiano puede ya pedir cualquier cosa en nombre de Cristo. Jesús, en tono solemne hace a los suyos una promesa: sus peticiones serán escuchadas. De esta forma, los discípulos son remitidos en su oración directamente al Padre; él les otorgará “en el nombre de Jesús” las cosas que le pidan, relacionadas con su condición de creyentes. Esto quiere decir que los escuchará en consideración a que pertenecen a Jesús, e incluso, si nos atenemos al contexto, porque están en el mundo “en lugar de Jesús”. Pedir al Padre en nombre de Jesús implica que los orantes reconocen en la fe que éste procede del Padre y que comparte con el Padre la divinidad. El cristiano podrá (“si pidiereis”) y deberá (“pedid”) hacer oración.

En los versículos 26 y 27 se recoge la recomendación de pedir en nombre de Jesús no ya por la promesa de que la oración será escuchada, sino por razón de que los discípulos tienen acceso directo al Padre: Jesús ya no tiene necesidad de interceder ante el Padre en favor de los discípulos, porque el Padre mismo les ama. Estos oran “en nombre de Jesús” en el sentido de que están en comunión con él, le reconocen como enviado de parte del Padre, y le aman. La alegría plena se sustenta en la oración.

El conocimiento de los misterios de Dios: Los amigos se conocen; Jesús revela consoladoramente que está cercano el tiempo en que hablará de forma más clara. La hora de su glorificación pondrá en evidencia que él manifiesta claramente al Padre, así como las relaciones amistosas que el Padre tiene con los discípulos por causa de Jesús. El Señor los llama no ya siervos sino amigos, porque les comunica en todo momento cuanto oyó al Padre; ahora la personal amistad de los discípulos con Jesús se amplía hasta alcanzar la amistad directa con Dios. En razón de esta amistad Jesús ha tenido la confianza de hacerles partícipes del conocimiento que él tiene del Padre.

El último versículo condensa la teología propia del evangelio según san Juan: Dios ama al mundo; por eso el Hijo sale de Dios y vuelve a él pasando por el mundo. El Padre es el origen y la meta y el mundo es el destino del Hijo. Una vez que éste ha cumplido su misión, el mundo es también el lugar desde donde Jesús vuelve al Padre, que es su verdadera patria. La patria de Jesús es también la última meta de la comunidad cristiana. Este conocimiento esperanzado sustenta también la plena alegría de los cristianos.